clérigo, desdeñando dar lecciones de estética á quien no la entendiera en su vida, llamó al sobrino, y sobre su pecho abrazado le tuvo largo rato, sin decirle palabra. Luego, como aquella noche que le presentó á la admiración de la familia, prediciéndole altos destinos, le habló sofocado:

—Orgulloso estoy, hijo mío, por haberte sostenido y alentado, por haber *creído* en ti, y ojalá Dios se digne alargar mis días para alcanzar la realización feliz de tus sueños, el fin de tu porfiada y combatida carrera. ¿Vencerás ahora? ¿escollarás? Creo que vencerás, y si no fuera así, porque ¡ay! no sólo con el mérito se triunfa, sino que se han menester buena suerte también, ocasión propicia, simpatía personal y otros etcéteras indispensables, espero que tu fe, por ello, y tu perseverancia no han de debilitarse. Porque ¿de qué te servirían entonces los años de iniciación artística que has pasado, tus estudios y el trabajo tuyo cotidiano é incansable? Si tu obra no gusta, á pesar de lo mucho que paréceme que vale,

no te sumirás en la desesperación, ni renegarás de tu patria, ni harás como el Llano ese, pintorcillo arrepentido: pues yo digo que este Llano y todos los Llanos parecidos ó imitadores, cuelgan los hábitos, dirélo así, porque no son verdaderos artistas. El verdadero artista perece antes, abrasado por el fuego que le devora, mártir de su fe, víctima de su religión. Entretanto, una cosa se me ocurre apuntar, una observación que hacer.....

—¿Ve usted, señor don Cayetano—saltó aquí misia Estanisladita—ve usted cómo acabará por darme la razón?

—..... Y es—continuó el sacerdote tranquilamente—que habría deseado (deseo íntimo no confesado, porque fuerza era dejarte el campo libre) que buscaras tu inspiración en el arte cristiano, antes que en el pagano. Un apóstol, por ejemplo.....

—¡Eso, un apóstol, un santo!—volvió á decir la de Sangil, vivamente.

—..... Una figura de apóstol majestuosa, un San Pablo soberbio, envuelto en su am-

plia túnica de valientes pliegues; una virgen, si en ti la cuerda tierna vibra más sensible..... ¡El arte cristiano! ¿hay fuente de inspiración más pura? Sí, á veces, me duele la torpeza de mis manos, que no aprendieron á traducir, en forma alguna apreciable, mis sensaciones religiosas, y perdido para el púlpito, donde pudiera fácilmente desahogarlas, el verso latino me resiste y me vence. Pero esto de la inspiración no es cosa que se busca y se encuentra, sino algo que se lleva dentro y relampaguea obedeciendo á leyes caprichosas que no conocemos. Desde niño te rodeaste de modelos paganos, y natural es que tu primera obra de aliento sea un personaje de aquella bonita mitología. A ver, Nene, picarillo, apártate, que quiero contemplarla bien... ven aquí, sobre las rodillas del tata viejo, del tío Tano.....

Los ojos de Gracia volvieron á encontrarse con los del conmovido mozo, y esta vez al mirar elocuente siguieron palabras calurosísimas:

—Yo también soy de los que han *creído* en Tobi, yo también le he alentado y le he seguido con el interés mayor del mundo hasta hoy, la alborada de su triunfo ¡Tobi, ya lo sabe usted: soy su más obsecuente admiradora!

Fué derecha á él y le estrechó ardientemente la mano, muy encendidos los pómulos y brillándole los ojazos verdes; demostración que acabó de turbar al otro, é hizo que su lengua tropezara con las frases de agradecimiento que, ya ensartadas, se desgranaban en los labios temblorosos. Y misia Bernarda, en la meseta de la escalerilla, gritaba:

—¡José María! ¡Lucrecia!

Vino el mulato y se le pidió cerveza helada, y á la negrita que cebara el mate para el señor don Cayetano.

¡Qué tarde aquella! ¡qué fiesta ruidosa y alegre en el taller! ¡qué decir despropósitos misia Estanisladita, ligeramente calentados los cascos por la cerveza; ¡qué reirse Ubaldina y la tía Bernarda; qué dialogar soste-

nido el de Tobi y Graciana, que apenas interrumpían las observaciones oportunas del tío Tano, empeñado en encauzar la desbordada conversación general! Crujía la escalera con las patadas de Lucrecia, que bajaba y subía y tornaba á bajar y á subir llevando la calabaza enchapada de plata, en la retinta manita; chillaba el Nene, y las carcajadas femeninas asustaban á las palomas que en la azotea merodeaban. ¡Qué tarde deliciosa! y ¡qué hartazgo de satisfacción, qué nueva cosecha de esperanzas, de amor y de gloria, para Tobi, el impresionable, el tímido, el desheredado, el paria, el atorrante, que decía Leonardo Samos, el artista, en fin!

Entretanto, había llegado el momento de presentar la *Ninfa* al público soberano. Muy pocos habíanla sorprendido en el taller: todos los del *Fomento*, en primer término el gran Leonardo, y Roberto Fontes y los otros, maestros, discípulos y socios, que así enumerados parecen una legión y apenas si pasaban de una veintena. Simón Llano,

con jovial desenvoltura, desde su retiro campestre escribía á Tobi: «Me dice Leonardo que estás á punto de salir del laborioso parto, y yo te lo deseo todo lo feliz que para mí habríalo deseado, si no hallara á tiempo mi camino de Damasco. Fácil me sería tomar el primer tren é ir á ver tu *Ninfa*, pero no quiero: porque si la hallo buena (y de ella tengo las mejores noticias) el berrenchín no me lo quita nadie y la emprendo á cachetes con los de la platea; y si mala, he de compadecerte doblemente que ahora te compadezco. ¡Réstame tan sólo pedir á los hados te sean propicios, curen al público de su ceguera, neutralicen el veneno de la crítica, y te precavan de dos cosas fatales: el desaliento, si caes vencido; el orgullo, si triunfas! Ahora, Montiel valeroso, sús, al enemigo! ¿He de añadir que te veo ir al combate con las lágrimas en los ojos? ¡Ay! ¡empecinado y más terco que la piedra! apuesto que pasas terribles angustias y las carnes se te abren y ni comes ni duermes á gusto. Yo, en cambio, panza

arriba y á pierna suelta, dejo tranquilamente vagar las horas, en medio de mi porcina turba, bendiciendo aquella en que la luz se hizo para mis ojos cegatones y eché de ver, á tiempo, que vivía en tierra americana. Ahora soy feliz, porque no me preocupan ni marean ambiciones artísticas, sino el que mis lechones estén bien cebados y el jamón y el tocino de mis pupilos compitan en calidad y sabor con los de York, de fama universal. Dios te tenga en su santa guarda, Montiel amado.»

Con estas chungas amistosas, Tobi se encalabrinaba, porque le herían en lo vivo. Vaya si decía verdad el burlón, en punto á la desgana, los insomnios, angustias y sudores del autor; ya se veía él en los pináculos de la gloria, como sumido en las honduras de la roca tarpeyana, y todo era cavilaciones, esperanzas, desfallecimientos y dudas dolorosas. Y al martirio del autor uníase el oculto pesar del hijo desconocido, y casi casi maldito: porque don Nicolás, duro é intransigente, había declarado que

á él no le fueran con *Ninfas* ni con pamplinas, que el tiempo le faltaba para buscarse el pan cotidiano, y que en el taller aquél, nido de holgazanería y celda de incurable demente, no pondría los pies así le cortaran en pedazos. Tal declaración la hizo una noche, delante del propio don Cayetano, y hubo de haber un cisco de mil demonios, que se consiguió apagar en sus comienzos: y eso que don Cayetano, sin perder aquella calma evangélica suya admirable, le opuso las conocidas razones tantas veces y en tantas formas, siempre agradables, presentadas; pero don Nicolás reventó de esta manera:

—¡Digo á usted que estoy de arte hasta los pelos! y así, maldita sea la hora que me salió esta verruga, que no sé ya cómo sacarla. Señor don Cayetano, sepa usted que no duermo pensando en el tiempo perdido de ese muchachón con barbas, que si usted y Bernarda no hubieran apadrinado, adulando sus locas inclinaciones, sería ahora un hombre de trabajo. ¿Qué va á ser de él mañana?

digo á usted... ¡Veintitantos años á cuestas y con pensión graciable! ¿Es un inválido? ¿es un insano? ¿es un sinvergüenza?....

Válgame Dios, y cómo se puso misia Bernarda al oir esto, y qué latigazo de amargo reproche soltó el tío Tano! Pero lo peor fué que también llegó á oídos de Tobi, que precisamente en el momento de pronunciarse las airadas palabras paternales, entraba á la tertulia acostumbrada de cada noche en el despacho del clérigo, y más pálido que un muerto, herido profundamente en el corazón, sin pasar de los umbrales, dijo con voz entera, que tal vez fuera un insensato, y de ello no tenía la culpa; ¡pero que eso de sinvergüenza!

—Inválido tampoco—añadió—y se lo probaré á usted, tata, alejándome de su lado y yendo á buscarme la vida en otra parte.

La tía Bernarda se abrazó á él, llorando á todo trapo, y don Cayetano, afligidísimo, intervino.

—No, hijo mío, ¡si Nicolás no ha dicho eso!

—¡Yo no he dicho nada!—rezongó el padre bajo sus bigotazos.

—¡Nada, nada!—repitieron Nico y Ubaldina.

Esta cogió de un brazo á Tobi y le interpeló risueña:

—¡Eres un suspicaz, un bobo! ¿cómo imaginas que tata?... ¡si no se hablaba de tí! ¡has pescado las últimas palabras y te las aplicas: pues, no te haces ningún favor!

—¡Claro!—apoyó Nico—sólo que éste oye campanas y no sabe dónde.

—¡Yo no he dicho nada!—seguía rezongando don Nicolás.

En fin, que se logró atajar el escándalo, pero los ánimos de todos quedaron llenos de pesadumbre. Así, cuando la *Ninfa* salió de casa, en hombros de cuatro *changadores*, pesada y rígida como un cadáver, todas las aprensiones de Tobi se renovaron, y en la puerta del taller tristemente la despidió, sintiendo no ser él á quien llevaran así, para acabar de una vez la lucha desigual y dolorosa.

Habíase pensado, en un principio, y á fin de honrar de la mejor manera á uno de los fundadores más entusiastas y meritorios del *Fomento*, exponer la obra en el propio salón del club, acompañada de otras de artistas nacionales, disponiendo al efecto, para hacer ruido y llamar la atención, alguna fiesta modesta patrocinada por la caridad, sin cuyo requisito peligraba el éxito. El gran Leonardo estaba tan entusiasmado con la idea, que plantó de nuevo *El paso de los Andes* sobre el caballete, y acometió la gran tarea de concluirlo; Roberto prometió también un *Granadero á caballo*... pero el *Mozart* aquel delgadísimo, que ejercía las funciones de tesorero, con la mesura y respetuosa cortesía que acostumbraba, declaró, después de prolijo arqueo y concienzudo, que no había fondos ni de dónde sacarlos...

—Ya lo sé—respondió violentamente Leonardo—ni nos hacen falta, puesto que nosotros no cargaremos con los gastos.

—Dispénseme usted, señor Presidente—

replicó con dulzura el del pentágrama—gastos necesitamos hacer, no para pagar la fiesta, sino para arreglar la casa: la fachada no tiene revoques, ó los tiene tan malos que es como si no los tuviera; los papeles de todas las salas están manchados unos y desgarrados otros; las puertas y ventanas piden á gritos dos manos de pintura, por lo menos; los cristales...

—Sí, tiene usted razón—dijo Leonardo con desaliento—¿qué fiesta hemos de dar si no tenemos casa?

Por fuerza se desistió de la hermosa idea, y la *Ninfa* fué á dar con su cuerpo en una tienda de la calle Florida. De la dicha tienda era parroquiana misia Estanisladita, y ella misma actuó de embajadora, arregló los extremos y consiguió que en el escaparate principal, de estos á flor del piso, defendidos por grande cristal entero, sobre un zócalo de felpa carmesí y delante de una cortina de la misma tela, graciosamente plegada, se expusiera al público la estátua, con este letrero al pie: *Driade, por Tobías Montiel*,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y focos de luz eléctrica en lo alto, combinados hábilmente. La tienda era de objetos de arte, de *fantasías* de París, y entre todos, y así dispuesto, el mármol no haría seguramente mal papel.

Y se alzó el telón, sin preludios de orquesta, ni sonar de platillos y tambores, es decir, que sin anunciarlo el más menguado suelto de periódico, una mañanita el dependiente descorrió la cubierta de hierro de la vidriera, y con un paño y frecuentes bocanadas de aliento, dióse á bruñir indiferente el cristal, surgiendo la driade sobre el fondo rojo, ante los obreros y las criadas de servir, que pasaban de prisa y sin mirar.

La emoción tumbó al mísero Tobi en la cama, y le tuvo tres días con fiebre y á dieta. Se imaginaba ver á su amada *Ninfa* sonreir á la ignorante muchedumbre, que le volvía la espalda después de una ojeada desdeñosa, ó allí mismo le plantaba saetazos de burla y dichos humillantes, que á Tobi sugeríanle su desconfianza y la íntima certeza de su mala sombra; pero, áun cuando

la prensa seguía *mutis*, y nadie se daba por enterado de que *el arte nacional había nacido*, vino una tarde Leonardo Samos y dió al encamado autor un entusiasta achuchón, diciéndole que aquello resultaba un exitazo:

—Mira, por la calle no se puede pasar, como por la de aquella canción conocida: la gente se amontona delante de la vidriera, y una pareja de vigilantes mantiene la circulación; yo quise acercarme, pero ni esto de llevar la cabeza sobre un poste de telégrafo me valió. En fin, amigo mío, que te felicito ardientemente, porque ya es mucha cosa detener el paso, llamar la atención, y en las redes de la curiosidad prender á los que van empujados por opuestos intereses y distintas corrientes. ¿Habrá sonado la hora de nuestro desquite?

Estas noticias dieron fuerzas al rendido mozo, y le prestaron tales ánimos que saltó del lecho; y más, cuando por boca de la aturrullada tía Bernarda, supo que lo del gentío y los guardias y cuanto dijo el gran

Leonardo era verdad pura y no exagerada:

—¡Si es un incendio, hijo! ¡Jesús! ¡qué alboroto, y qué agruparse, y qué comentar y ponderar! Me latía tanto el corazón y me puse tan hueca, que hubiera gritado: «Aquí tienen ustedes á la tía del autor, Bernarda Mártir, para servir á ustedes; sí, señores, yo he criado poco menos que á mis pechos á ese Tobías Montiel, cuya obra admiran ustedes como unos papanatas! Sí, sí, yo soy la tía, la madre casi de Tobías Montiel; ¡y poco que le he cuidado y arrullado y sufrido con sus enfermedades y sus pesares! ¡Ay, si supieran ustedes lo que esa estátua representa! ¡esa estátua está hecha de lágrimas petrificadas!...» Hubiera deseado soltar esto y mucho más. Toca, toca mis manos: heladas, ¿verdad? Pues es la emoción, hijo, la emoción de tu triunfo. A Cayetano se lo conté, y el pobre viejo se puso á llorar, y yo lloré también, y nos hemos pasado un cuarto de hora mirándonos y llorando en silencio. Buena misa se gana el Señor de los Milagros, así alabado sea por siempre. Amén.

Tobi, conmovido, la besó las manos maternales, y ávidamente quiso conocer mayores detalles.

—No sé, hijo—contestó la señora—porque no pude acercarme: vi el gentío, oí el rumor de los comentarios, y hasta me pareció que alguno se reía, y pensé que no podía ser otra cosa que el dicharacho de cualquier mozalbete relativo á la falta de ropa de la *Ninfa*. Y me volví á escape, para traerte la gran noticia.

En la mesa, el presunto triunfador recibió las albricias de todos, menos de don Nicolás, que no dijo oste ni moste; y el tío Tano se explayó en la tertulia acerca de los destinos humanos, de los seres nacidos para las grandes empresas, y de lo trivial é insensato que resulta poner piedras en el camino de quien animado está por el espíritu de Dios y ha de recorrerlo gallardamente. Hormigueábanle los pies á Tobi, por andar el brevísimo que hasta la *Ninfa* conducía, y en cuanto pudo se escabulló... Nunca había pisado la calle con más segura planta,

ni llevado más erguida la cabeza, ni sentido aquel escarabajeo interior, hinchazón del amor propio y despertar del orgullo, que le impulsaba á gritar como á la tía Bernarda:

—¡Yo soy Tobías Montiel!

Este *yo* le llenaba todo entero, se desbordaba por los ojos y disfrazaba su andar tímido y modesto de prosopopeya impertinente: era un gigante que tocaba los cielos con la frente, y á cuyo lado cuantos pasaban resultaban enanos y gusanos. Figurábasele que todos le conocían y le señalaban:

—¡Ese, ése es Tobías Montiel!

Y este *yo*, que accidentalmente había sustituído al otro, y le llevaba y engañaba así, parecía instalado como en casa propia, sin que el dueño advirtiese la usurpación ni el peligro. Llevóle, pues, hasta la esquina de la tienda mágica, resplandeciente de luz y asediada de curiosos, y le sopló cosas vanas que más le hinchaban, deslumbrado por el espectáculo de su triunfo, de aquella muchedumbre subyugada por su genio, vencida y domada á sus plantas. Poco á poco se

acercó, y pequeño á pesar de su grandeza, trató de erguirse, de mirar por encima de las cabezas, y vió la rama superior del árbol sagrado y la diadema de flores silvestres de la driade... un esfuerzo más, empinó los pies violentamente, y la driade le sonrió de lejos, amorosa. Entonces sintióse sofocado: y el año trascurrido, las penas soportadas, los insomnios, los gritos de la conciencia, el vacilar de la razón, el desfallecer del ánimo cobarde, todo aquello que bien podía ser las *lágrimas petrificadas* á que misia Bernarda se refería, parecióle mayor aún y de peso insoportable; ¿cómo pudo con él, si nadie le ayudaba á sostenerle? ¡Ah! si la curiosa muchedumbre supiera.....

Oyó risas, alegre clamoreo; un coche pasaba, hendiendo la turba, y el remolino arrastró á Tobi, y á pesar de sus codos defensores, hasta la misma vidriera le llevó: las risas crecían, y joviales recorrían la acera, abriendo todas las bocas, no de admiración, sino de burla, indudablemente, de burla retozona y sin malicia. Aquel *yo*

farandulero que en el cuerpo de Tobi se albergaba, sufrió un remojón que la sangre toda le heló, y acoquinado, tímidamente alargó el cuello, entre dos cabezas de paisanos risueños, con corteses excusas se coló... ¡Oh! ¡Icaro famoso! ¡no fué mayor tu caída, ni más terrible, que el porrazo de Tobías Montiel! ¡ni más digna de que los poetas la cantaran, para lección y enseñanza de autores noveles!

Porque no era, no, á la hermosa driade á quien admiraba la turba, ni era ella la que así la atraía y congregaba... sino un salado mico de resorte, que hacía mil monerías y picardigüelas! un Loló de feria, mostrando desvergonzadamente la lengua al amante artista é infelicísimo.....

VI

Cada mañana se pasaba Tobi su par de horitas, espulgando los periódicos, emocionado y temblón, desde las notas editoriales hasta los últimos avisos de remates. Antes que el desayuno, la negrilla Lucrecia, madrugadora como un pájaro, le traía á su alcoba los papeles, y él suspendía el aliño personal, sentábase en mangas de camisa al borde de la revuelta cama y se enfrascaba en la lectura: á veces, el olvidado chocolate se enfriaba, y recalentado volvía á enfriarse, con grande apuro de la chica, que temía el coscorrón matutino de misia Bernarda; otras, llegaba la propia señora á regañar al distraído sobrino:

—Me ha dicho Lucrecia que ya van tres